

EL ECO DE LA VERDAD

PERIÓDICO POLÍTICO INDEPENDIENTE Y DE INTERESES MORALES Y MATERIALES



Director propietario.- Cayetano González Hernández.

Año séptimo.

AVILA 15 DE OCTUBRE DE 1896.

Núm. 275 de la 2.ª época.



Santa Teresa de Jesús.

(Copia del retrato original, pintado por Fray Juan de la Miseria, cuando aquélla contaba 61 años de edad.)

Al dedicar el presente número á cantar las glorias de la Santa Doctora; de la que llena el mundo con su nombre y fue asombro de su tiempo y veneración de los posteriores siglos, como lo será hasta que el planeta termine su misión en el concierto universal en que á Dios colocarle plugo, poco podemos hacer para cumplir nuestro propósito, temiendo en cuenta lo pequeño de las humanas obras, en comparación con aquellas que se nos han mostrado como destellos de la misma divinidad.

La respetabilidad de las personas que contribuyen á dar valor literario en el día de hoy á «EL ECO DE LA VERDAD», es lo que nos ha alentado para rendir el justo tributo á la insigna avilense Santa Teresa de Jesús; debiendo hacer constar que causas ajenas á la Redacción, nos obligan á no poder embellecer estas columnas en la parte artística del fotograbado, tal y como hubiera sido nuestro deseo.

Con tiempo suficiente encargámos á una acreditada casa la confección de dos grandes y bonitos dibujos, y éstos no han llegado con oportunidad á nuestro poder.

Publicada en años anteriores la biografía de la seráfica Virgen, no hemos de incurrir en la repetición de lo que por todos es sabido. Restanos solamente hacer en el presente la más ferviente súplica á la Santa, para que por su intercesión pueda también lograrse el término de las desdichas que á la Patria agobian, con el triunfo de sus armas, defensora de la immaculada bandera que fue saludada y respetada por el orbe todo.

La Redacción.

SANTA TERESA DE JESUS.



Suele decirse, sobre todo en nuestros días, que España combatió solo, con el poder de sus armas, en Europa, con las hogueras del Santo Oficio, en su propio suelo, los errores de la heregía y la depravación de las costumbres.

Olvidan ó desconocen los que tal dicen, entre otras campañas nobilísimas, la santa de la caridad, con que, al propio tiempo, otros soldados que los de nuestros tercios, otros ministros que los de la Inquisición, amaestrados en el saber y en las virtudes, probados en la tribulación, fortalecidos en la penitencia, encendidos en la llama del amor divino, sin otras armas que la palabra y el ejemplo, verdaderos Apóstoles, lidiaron, sin tregua ni descanso, por la pureza de la doctrina y la perfección de las almas.

La corrupción de las costumbres, efecto de antiguos como de nuevos vicios, (que no nos corresponde particularizar aquí), había despertado, con imperio, en estos puros y generosos corazones el santo anhelo de la reformación social. El protestantismo, dividiendo la familia cristiana, vino á robustecer y á acrecentar en ellos aquella santa aspiración, y desde entonces la que había sido obra de pocos lo fué de muchos, y á la empresa de regenerar las costumbres se unió la de defenderlas de los nuevos estragos de la heregía.

A los ojos de aquellos fervorosos luchadores, unos y otros males eran hijos de las mismas causas, y causas de carácter esencialmente moral. En su acendrada fé, en su dócil sumisión á las enseñanzas de la Iglesia, en su austera virtud, no podían creer que las rebeldías en la obediencia á las legítimas autoridades hubieran nacido de impulsos diferentes que la relajación de las costumbres, la rebelión de la carne, el abandono de las virtudes y la práctica de los vicios.

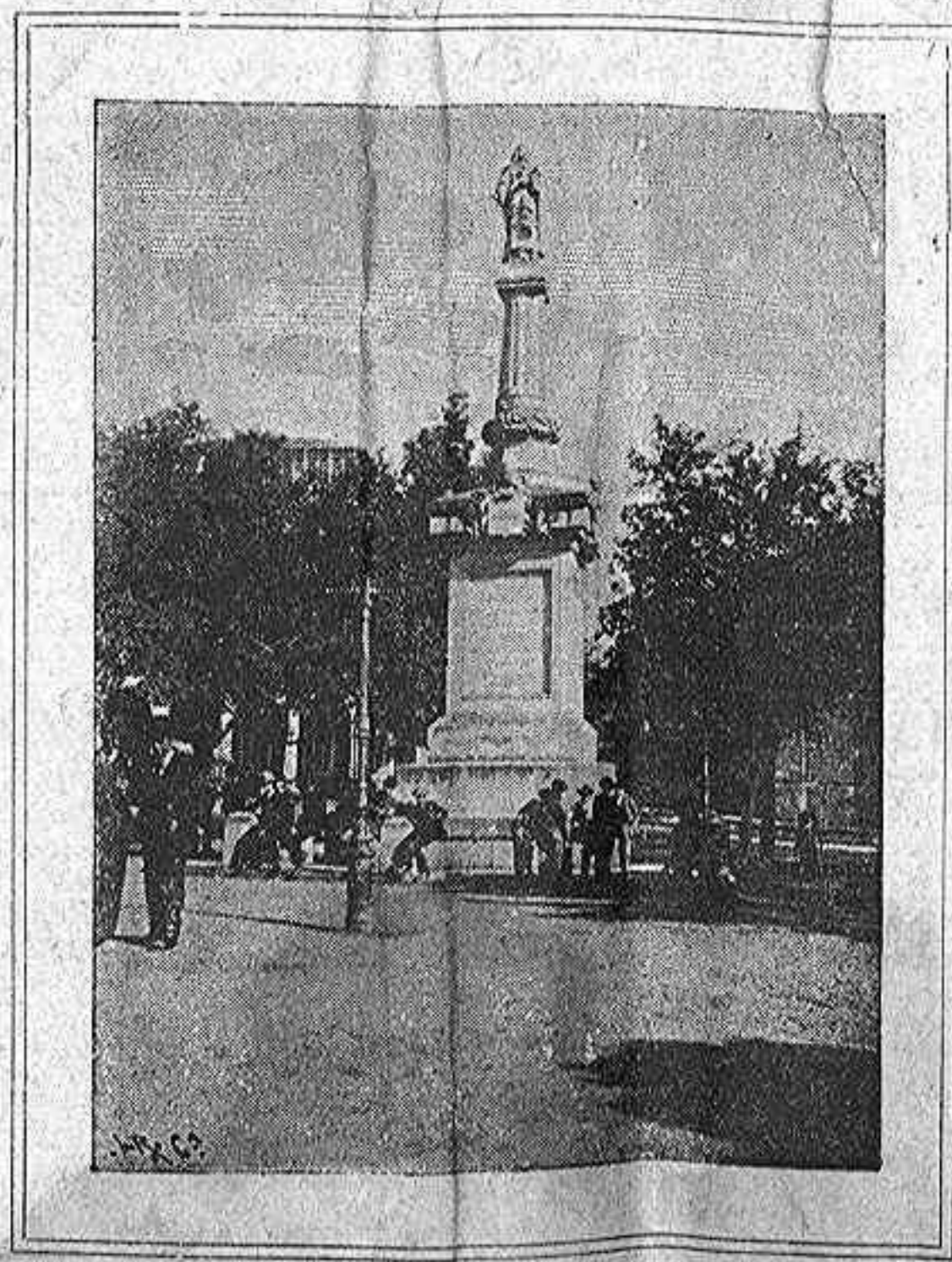
Luchar por la victoria de las primeras y el vencimiento de los segundos, promover la perfección evangélica por los caminos de la Cruz, por las severas vías de la oración y de la penitencia; alentar á los débiles, estimular á los fuertes; reducir á los rebeldes; persuadir á todos en la soberana elocuencia de la caridad, he aquí el apostolado, la santa obra del Misticismo español en aquellos turbados días. Ascético por su objeto, por sus medios, por sus fines, más bien que Misticismo, debería llamarse en propiedad Ascetismo.

Jamás nación alguna de la tierra, había ofrecido semejante espectáculo en los tiempos todos de la historia. La vida perfecta había sido hasta allí anhelo de algunas almas tocadas de lo divino; nunca, como entonces, aspiración general, ideal común de un pueblo entero. Antes, para lograr este fin, los escogidos, desasiéndose de todo lo terreno, se refugiaban como en seguro asilo en el apartamiento del claustro; ahora, en el claustro como en el hogar, en el estado secular como en el religioso, en las condiciones todas de la nación como del individuo, en mayores ó menores proporciones, había de perseguirse y practicarse. De esta suerte, lo pasivo se hizo activo, lo individual social, lo contemplativo obra.

Nuestros místicos, además de los beneficios morales y religiosos que prestaran á nuestra patria, proporcionaron otros no menos relevantes. Oradores, Poetas y Prosistas, predicando, cantando, ó escribiendo para todos, hermanando admirablemente el sagrado fuego de la inspiración con la sencillez y hermosura natural de nuestra lengua, fueron Maestros de espíritu y juntamente incomparables Maestros de la Literatura nacional. Suyas son las obras más preciadas de la Elocuencia; suyos los rasgos más sublimes de la Poesía; suyos también los principales monumentos del idioma castellano.

Los santos Ignacio de Loyola, Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz y Alfonso Rodríguez; el beato Maestro Juan de Avila; los tres Luises insignes, de León, de Granada y de la Puente; Arias, Pérez de Valdivia, Alvarez, Estella, Malón de Chaide, Castillo, Osuna, Castañón, Sigüenza, Juan de los Angeles y tantos otros, figuran legítimamente á la cabeza de aquella gloriosa milicia del amor y de las letras españolas.

Figura también, en sitio preferente, y más que preferente, excepcional, una mujer portentosa, prez de la Iglesia, milagro de su siglo, honra de su sexo y regocijo y orgullo de la patria, en quien vinieran á juntarse, en armonioso concierto, todas las grandezas del misticismo español, como en su personificación más acabada y sorprendente: SANTA TERESA DE JESUS.



Monumento á Santa Teresa.

Santa Teresa, es, en efecto, la encarnación viva del Misticismo nacional. Maestra de Espíritu, Fundadora y Escritora, lo fué todo. Grandes místicos fueron Hernando de Contreras y Hernando de Medina; pero no añadieron á este título el de Fundadores y Escritores. Insignes místicos y escritores los Maestros Avila y Granada, carecieron del no menos relevante título de Fundadores. Los tuvieron todos, San Ignacio y San Pedro de Alcántara, pero no rayaron como nuestra Santa, á igual altura en todos ellos, siendo incomparablemente mayores como fundadores y místicos que como escritores.

Únicamente Santa Teresa, logró hermanar estas cualidades, y en tan alto grado, que sea punto menos que imposible establecer fundadamente la primacía de una sola sobre las demás. Suprimáse con el pensamiento cualquiera de ellas, y habremos despojado á nuestra heroína no ya de uno de sus atributos, sino de su personalidad entera. Porque de tal modo se enlazan, que ni cabe suponer la Fundadora ni la Maestra de espíritu, sin la Escritora, ni la Maestra de espíritu, sin la Fundadora. Como que ésta en sus fundaciones no hizo sino aplicar su vida espiritual para fruto de otras almas, ni en sus escritos más que trasladar, como nadie hubiera podido hacerlo, su vida de Maestra de espíritu y de fundadora.

Orar, fundar, escribir; notas diversas de un canto único, el canto sublime del amor divino, ya entonado en el corazón, ya en la sociedad, ya en la página del libro: amor y solo amor. Es ella quien lo ha compendiado todo en esta seráfica frase: «Desgraciado Satanás, que no puede amar.»

Antonio Sánchez Maguel.

Avila 5 de Octubre de 1896.

LA SANTA DOCTORA Teresa de Jesús.

Cuando la duda maldita nos aflije y nos dá enojos, hacia tí vuelvo los ojos el que la teme y la evita.

En toda azarosa cuita consuelas, curas ó encantos, y son tus virtudes tantas que las confiesa humillado un siglo, desengañado de las Doctoras non Sanctas.

Manuel del Palacio.

Avila Octubre de 1896.

MUJERES AVILENAS

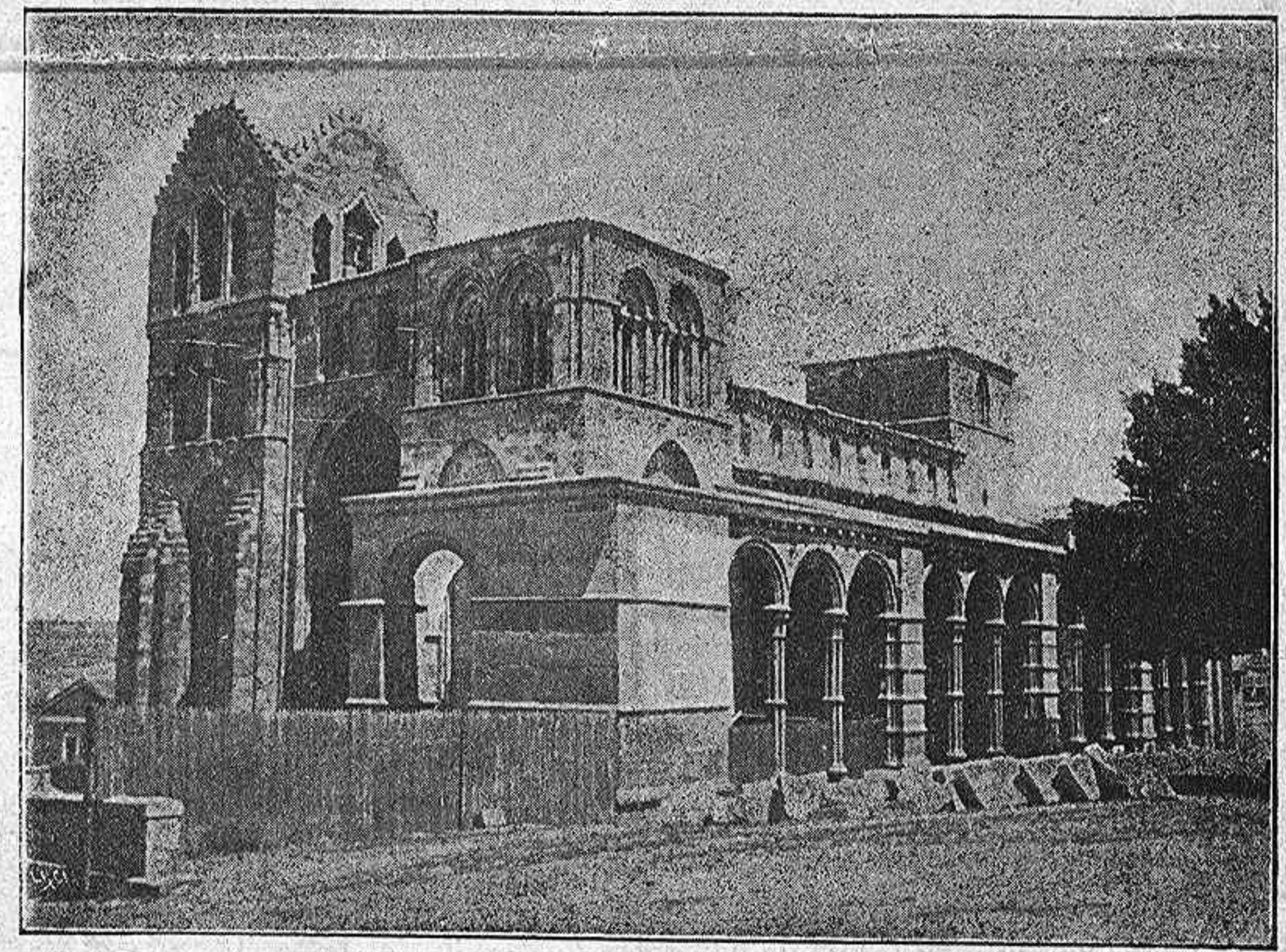
Entre los pueblos como las familias, entre los títulos más legítimos de su orgullo, y como uno de los timbres más preciados de su grandeza, el poder presentar á vista de los extraños los nombres de ascendientes ilustres, que al bajar al sepulcro dejaron con sus hechos escrito en brillantes caracteres su nombre en las páginas del gran libro de la historia.

Gloriase á cada momento el obscuro hidalgo á falta de méritos personales en que fundar su orgullo, en ostentar sobre la vieja portada de la casa solariega el blasón nobiliario, cuyas empresas le recuerdan otras tantas hazañas de sus antepasados y la antigüedad de su linaje, y extasiase al ver en los pergaminos de su archivo de familia, los nombres de poderosos magnates, de insignes guerreros ó de intrépidos marinos, cuyas hazañas extendió la fama por la redondez de la tierra, y que conquistaron en la historia un puesto distinguido.

Enorgullécense los pueblos, con cierto legítimo orgullo, de haber servido de cuna á guerreros ilustres, á grandes santos, á sabios, á poetas de notoriedad insignie, y muestran al forastero con especial veneración el sitio donde

«rodaron de marfil y oro las coronas», de monarcas poderosos que con sus hechos añadieron timbres de gloria á la historia de la patria.

El territorio en que se asienta Avila, la vieja ciudad de Castilla, cuyos vetustos muros denuncian su ya pasada grandeza, como sus numerosos y monumentales templos, la religiosidad de sus habitantes, y en que tanto blasón nobiliario labrado en la dura piedra de sus edificios y en sus lápidas sepulcrales, son bien claro testimonio que justifica el sobrenombre de los caballeros que se la agrega, puede gloriarse también de haber sido cuna de varones preclaros en letras, en santidad y en las



Basilica de San Vicente.

armas; pero cifra su mayor orgullo en haber visto nacer en su suelo á mujeres ilustres, cuya fama eclipsa la de los insignes varones que fueron también sus hijos.

Cuando en los siglos medios España luchaba con el poder de la media luna, y palmo á palmo se disputaban el suelo de la patria los hijos del Islam y los ejércitos cristianos, Avila, por su posición topográfica, por la robustez de sus fortalezas, y por formar parte á cada paso durante largos años de la movetizada línea fronteriza que separaba los reinos cristianos de los dominios ocupados por los árabes, era posición codiciada por los que seguían unas y otras banderas, por los que luchaban por una y otra creencia, y en reñidos combates, con frecuencia sostenidos al pié de sus muros, se vió sometida ya á los unos ya á los otros contendientes, según la variable suerte de las armas lo imponía, y ora ostentaban sus fuertes torreones la media luna, símbolo de la religión del falso profeta, ó ya brillaba sobre ellos el signo santo de nuestra redención.

Más la veneranda tradición que la historia nos refiere que acaeció por entonces al verso la ciudad desprovista de gente de armas que la defendiese, y falta de caudillos que la gobernasen, y que, noticiosos los moros de su abandono, se deslizaron en imponente esquadron por los vertientes de las vecinas montañas, al mando de Abdallah-Alhazen, para hacer á su gusto presa en la desapercibida fortaleza; y Avila hubiera visto entrar en su recinto triunfadores, tal vez á poca costa, á los hijos de Mahoma, si sus habitantes no hubieran nombrado entonces, apremiados por el peligro, gobernadora de la ciudad á Jimena Blázquez, mujer adornada de valor y astucia que hubieran bastado para acreditar la destreza de un aguerrido caudillo, y si esa mujer no hubiera acertado á salir con su empresa, animando á los suyos con la palabra y el ejemplo, y vistiendo y haciendo vestir á las demás mujeres con los trajes de los hombres, colocándolas así sobre la muralla, y fingiendo, por último, tales aparatos de guerra, que el soberbio moro á pesar de los nueve mil guerreros que le seguían, volvió la espalda y desistió del empeño de conquistar una ciudad que juzgó tan guarnecida.

Más tarde, cuando Castilla, sometida á dos reinos turbulentos, se devoraba en luchas intestinas, cuando los nobles de una parte, y de otra los infantes de Aragón, el rey de Navarra y D. Álvaro de Luna, el soberbio privado de D. Juan II, hacían teatro de sus odios las mejores ciudades castellanas, y aquellas turbulencias, continuadas en el siguiente reinado de D. Enrique IV, sin otra variación que la de las personas de los principales instigadores de aquellas rivalidades, hacían pagar bien caro al reino la debilidad de sus monarcas; cuando España dividida en distintos reinos no disponía de la fuerza necesaria para empujar hacia el África á los importunos huéspedes de allí venidos en mal hora ocho siglos antes, y le era preciso la unidad de que carecía y sin la cual no hubiera podido empuñar á poco el cetro de dos mundos; cuando el trono de Castilla necesitaba ser ocupado por un monarca del talento y energía suficientes para acabar con la anarquía y el desorden que en los reinados anteriores habían dominado, nace en estas tierras avilenses una mujer ilustre, que había de ser más tarde la más renombrada de las reinas, que había de llevar á cabo con su firmeza en rechazar enlaces que su corazón no le dictaba, la unión de las monarquías aragonesa y castellana; que había de acudir en persona como capitán avezado á los combates, á conquistar de los moros la última plaza española que poseían, y que con toda clase de auxilios, prestó ayuda tan decisiva en su intento, entonces, al parecer de muchos, quimérico, al gran descubridor del nuevo mundo, y cuyo talento, en fin, y raras virtudes le granjearon el cariño de sus contemporáneos y la admiración de la posteridad; que con sólo citar su nombre de Isabel I. de Castilla, huelgan por innecesarios sus elogios.

Disputen en buen hora los eruditos á Madrigal la gloria de ser su patria; pero aunque se demostrase, que no se ha demostrado, que no le corresponde, no se le podrá negar la de haber presenciado sus juegos infantiles, ni á Arévalo el haberla custodiado en sus juveniles años, ni á Avila, y muy especialmente á su convento de Santa Ana, el haber sido largo tiempo su residencia, y testigos de su desprendimiento al rechazar una corona que sus parciales le

brindaban, ni á Guisando la de haber sido allí proclamada por Enrique IV su sucesora en el trono de Castilla: y todos estos nombres son nombres avilenses.

Aquella monarquía, que Isabel la Católica rigiera con tanta gloria, se había extendido ya por la redondez de la tierra, y los pedones de Castilla ondeaban victoriosos en todas las regiones del mundo; los hijos de esta nación católica derramaban generosos su sangre por defender la integridad del dogma, en mal hora ultrajada por la soberbia de un fraile que, careciendo de virtud para cumplir con sus propios votos, quiso erigirse en reformador de las costumbres de su época, y acabó por negar los mismos dogmas cuya pureza fingía querer restablecer, y aquella chispa saltada en Alemania levantó en breve la hoguera de un grande cisma que justificaba los mayores atropellos y que amenazaba invadir la Europa entera.

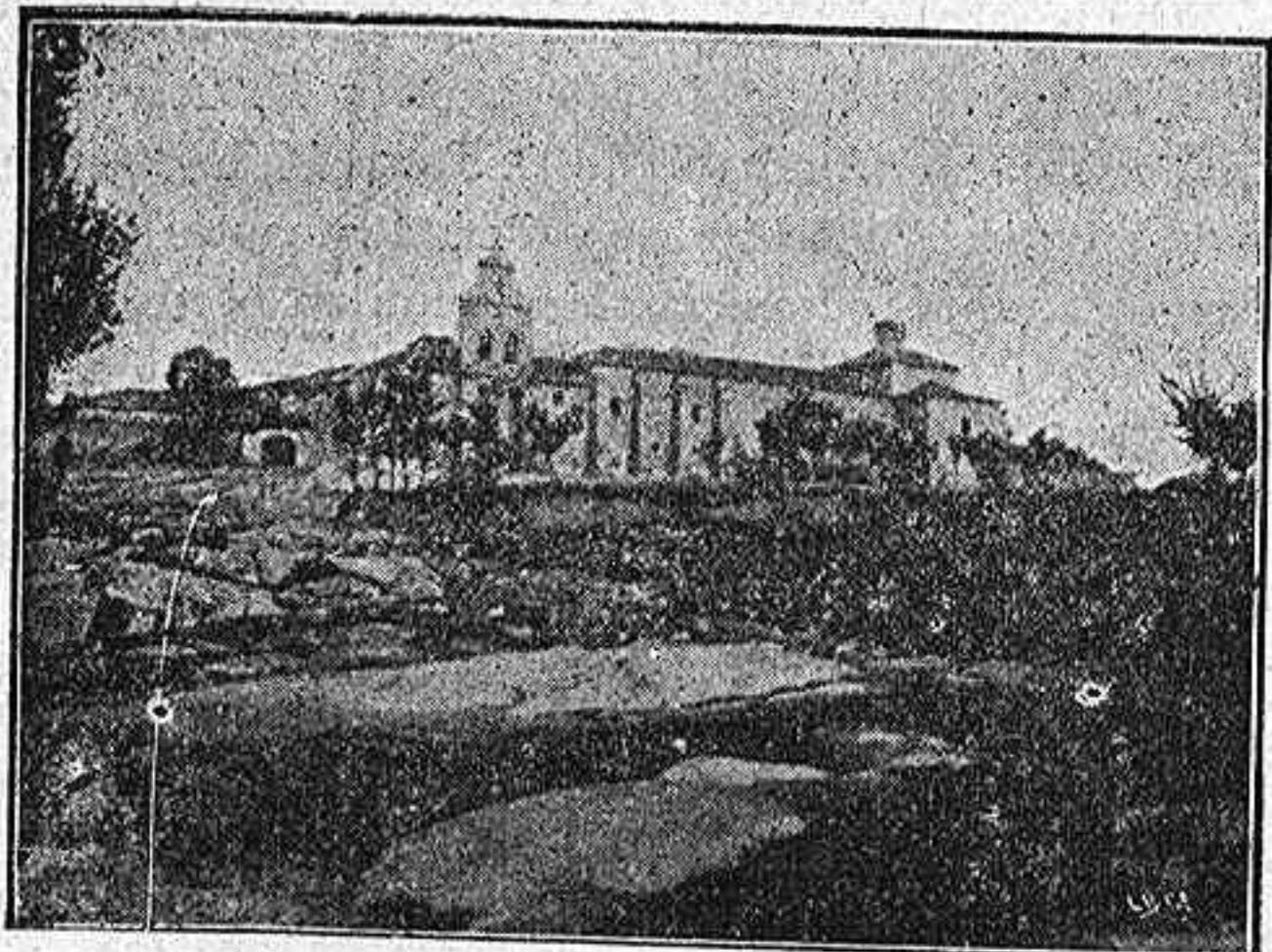
De España salen las fuerzas que contrarrestan la pujanza de la herejía. Sus grandes monarcas se oponen todo el poder de sus tercios victoriosos, sus numerosos sabios toda la fuerza de su doctrina, sus inimitables literatos todas las galas de su hermoso lenguaje, y la pléyade de sus santos ilustres todos el ejemplo y eficacia de sus extraordinarias virtudes. El gran santo, Ignacio de Loyola, el militar heróico sobre los muros de Pamplona, funda la milicia religiosa de la Compañía de Jesús, cuyos aguerridos soldados ocuparon en adelante los puestos avanzados en las luchas por la fé y recibieron los primeros las acometidas de la impiedad; y en Avila, Teresa de Cepeda, nacida dentro del recinto de sus muros, despreciando los halagos del mundo, se retira á la soledad del monasterio y llega en la observancia de la regla del Carmelo y en la práctica de las virtudes á tan alto grado que, pobre, enferma y abrasada en amor de su celestial Esposo, sale de su retiro para emprender, con ánimo más que varonil, la reforma de la orden que la recibió sus votos, cuando tantos falsos reformadores abundaban, para admirar al mundo entero con lo extraordinario de sus virtudes y con los grandes prodigios de su vida, en aquella época de grandes santos españoles; para ocupar lugar preferente entre los escritores contemporáneos en aquel siglo de oro de la literatura patria; para admirar con su fortaleza en aquel tiempo de las grandes hazañas de nuestros soldados, y para ser colocada por la Iglesia en el catálogo de sus santos y de sus doctores, y por la patria en el puesto de su ilustre patrona.

Al hablar de Santa Teresa de Jesús parece que quedan nombradas y como compendiadas en ella todas las glorias avilenses. ¡Que Avila sin Santa Teresa, á pesar de sus otras grandezas, es como el cielo sin el astro del día que le ilumine! Pero aún hay mujeres insignes que citar de entre sus hijas; aún quedan santas que nombrar, que hubieran bastado por sí solas para hacer eternamente memorable su cuna, si ese astro de primera magnitud de la Virgen del Carmelo no eclipsara la brillantéz de sus fulgores.

Desde la figura casi legendaria de Santa Barbara, hasta ese grupo, esa constelación brillante de venerables contemporáneas de la Mística Doctora, entre las que resaltan sus compañeras la venerable Isabel de Santo Domingo; la venerable María de la Cerda; la tierna enamorada del Santísimo Sacramento, la venerable María Díaz, mujer de virtud tan heroica que pedía á la Santa rogase á Dios la enviase grandes trabajos y con ellos larga vida; y la santa, más aún que venerable, María Vela, apellidada la mujer fuerte; la monja en Santa Ana tan favorecida del cielo; hay una larga lista que citar de ilustres mujeres avilenses que deben su fama á la santidad de sus vidas; que es digno de notarse que todas las mujeres que vieron en este suelo la luz por vez primera y han dejado á la posteridad un nombre esclarecido, lo deben en gran parte á la fortaleza de su alma y á lo varonil de su corazón; pero muy especialmente á lo arraigado de su fé religiosa, porque si Jimena Blázquez ó Isabel I no figuran en el número de las santas ni de las venerables, mereció la una ser apellidada la reina católica y por Isabel la Católica la conoce la posteridad, y es la otra llamada la heroína de Avila, por haber impedido con su arrojo que de las torres de la ciudad arrancase el vencedor musulmán la cruz del Redentor para colocar en ella la media luna del falso profeta.

Menester es reconocerlo, no á impulsos de una forzada galantería, sino porque la verdad de los hechos se impone; Avila es cuna de muchos preclaros varones, pero lo es también de mujeres aún más ilustres, á quienes Dios, ha encomendado el ahuyentar de su ciudad natal, de España y aún del mundo entero males cuya importancia no hacía presumir que fueran vencidos por manos femeniles, y al nombre de esta histórica ciudad castellana acude y acudirá siempre á la imaginación, la figura majestuosa de una mujer, de la gran santa, Teresa de Jesús.

Francisco González Rojas.



Contenido de la Encarnación.

Reflexiones sobre tema fecundo.

De las cosas de la Religión es de donde resulta todo el bien de los reinos, dijo un famoso cronista. Por entenderlo yo así, es por lo que voy por unos momentos á hablar de Religión, pues nunca más oportunamente, que cuando se conmemora el día de una tan ilustre Santa, como lo es la doctora Mística, Santa Teresa de Jesús.

Hará un mes, días más ó días menos, que ví en un periódico de la Corte que se lee mucho, un artículo que fijó mi atención por las novisimas y peregrinas teorías religiosas de que el autor se hacía eco y que él mismo admitía y comentaba. Decía éste entre otras cosas, que la fé á través de los tiempos, se fatiga, se cansa, y hay que renovar los orígenes, hay que renovar el esfuerzo inicial. ¿Cuál es, añadia, nuestro mártir de hoy? ¿Cuál nuestro Cristo? ¿Dónde está el hecho fecundante y todo poderoso? ¿Dónde el gran acto? Y concluía diciendo, que hace falta un milagro.

Quédeme rato rumiando el escrito, y no pude explicarme, ni me explico, por qué hacen falta nuevos

calvarios, y por ende otros deicidas, para lograr que la fé no se extinga. De la argumentación del articulista no se deducía otra cosa, sino que hoy, para creer, hay que ver. Que, como se advierte, es fé donosísima y á pedir de boca.

Tamaños... ¡ideales, serán tal vez deseos de hallar una verdad sólida donde apoyar la fatigada frente desorientada en la duda; pero más bien semejan satánicas ansias de rebelde, que quiere hallar triunfos en lo misterioso y sobrenatural, saciando así la curiosidad malévola. Cuerto es suponer que, el Hacedor Supremo, no estará jamás propicio á conceder tan ridícula satisfacción á la humana soberbia.

Cuando leo expresiones semejantes á las trascribas más arriba, vienéseme á la memoria la España pasada, los hombres de otras épocas, y sobre todo, aquellos Santos Sábios á heclura de Santa Teresa, que acertaron á amar á Dios á maravilla, sin que acordaran en forma de sacrilegios. Asombra notar cómo aquellos Sábios Santos compadecieron la suma humildad con la sabiduría más excelsa. Cómo convinieron á una en que la obra divina, siempre patente á la humana inteligencia, es testimonio perfecto de la presencia de Dios, y labor inacabable para el hombre, donde puede ampliamente saciar su inestinguible deseo de investigación y de novedades. Afirieron con todas las fuerzas del alma, que la sangre que Cristo derramó en el calvario, es el colmo del amor de Dios hacia su obra predilecta y acto, hecho sobradísimo, para perennizar la Fé, la Caridad y la Esperanza, en el corazón de la humanidad de todos los tiempos. Y alabaron y entonaron himnos al Dios Trino y uno, con solo considerarla como pudo reservarse para sí la Creación entera sin dar al hombre razón bastante para que tomara parte en el plan Providencial,

negándole por tanto la esperanza del pleno dominio de la verdad en la vida ultraterrestre. Pero cuando el pasmo de aquellos justos varones no reconocía límites, era el penetrar en la vida de la gracia, cuya percepción se anonadaban, porque allí veían realmente la Augusta presencia, endiosando al vil gusano que se llama hombre.

Todo esto era harto, como decía la Santa, para ella y sus émulo. ¡Que diferencia de los hombres de hoy! Ahora nada basta, nada satisface, nada hay que rebese el espíritu en loor y entusiasmo por su Hacedor bendito. Antes bien se tienen en poco los dones de que nos colmó en paternal largueza. Se olvida á Cristo, ó se le tiene por legendario, (!!!) y se desean y se piden hechos frescos, recientes, para creer. De no, dicen los hierofantes de la duda, la fé se extingue, se disuelve, es ya imposible... ¡Oh Dios inmenso y magnánimo! Si yo tuviera autoridad, repetiría las palabras que pronunciaste en la Cruz: perdónalos, Señor, perdónalos, porque no sabían lo que se dicen, aunque por tan sabios se tienen.

Es cosa de preguntar ¿por qué este contraste? ¿Por qué siendo el hombre idéntico en sus potencias ha de considerarse de tan diverso modo la razón de las cosas? La respuesta es quizá árdua: Mirado á simple vista este criterio que hoy se aplica á cuanto es sobrenatural y divino, no parece tener causa mayor que una como perversion de principios, que parece ser el medio ambiente del siglo, y que sea duda lo es, con lo cual basta y sobra mucho, para robustecer el mal germen ingénuo, levadura de la voluntad cuyo origen se remonta hasta el ángel rebelde.

Pues he aquí ahora el fruto cosechable de las enseñanzas de los sabios de hoy. No es otro que vacilaciones de ciego, flaqueza para remontar el ánimo;

apocamiento del valer; inhabilitación para el consuelo en el tráfigo de la vida; propensión á desmayos en la virtud; vida sin causa ni superior objeto, y muerte de pavor y de desconsuelo. El reverso de la medalla es el producto que se obtiene de las lecciones de los sabios que fueron; es á saber: consuelo para todos los males; fijez de la alma en su inmortalidad; ensanche de los senos del corazón, donde ha de tener cabida el amor y la esperanza; equilibrio en nuestras potencias; serenidad ante la muerte, y arreglo de vida y costumbres, halagado por la tranquilidad de la conciencia y el deseo de poseer á Dios. ¿No es verdad, que de tomar maestro, vale más retroceder que avanzar? ¿Quién lo negará! Si solo querer se necesita para ser Santo, según sienta el inclito Obispo de Hipona, para no ser infeliz menester es muchísimo menos: no escuchar la voz de la heresia, ni aun de esa disimulada entre deseos de buena apariencia.

Ha dicho no se quién, que las almas grandes tarde ó temprano vuelven á Dios. Hay que puntualizar. ¿Cómo se busca á Dios? ¿A estilo de los panseístas, racionalistas y de toda la variedad de libre-pensadores, ó como lo buscaba Santa Teresa, en el Dios personal, Trino, Uno y encarnado, donador de la Gracia y de su Sagrado cuerpo en la Eucaristía, y escoltado de todo orden lógico del catolicismo? Porque es muy importante tener en cuenta cómo las almas grandes (y chicas, si es que el alma tiene dimensiones) han de buscar á Dios. Si no es dentro del dogma, Dios no será más que un mito creado á antojo de la pasión y de la fantasía, y de extravió en extravió, se vendrá á la petición insana de nuevos Cristos y nuevos milagros, para calmar ante el portento la fiebre del alma y fijar su brújula, que se siente estar harto enmohecida, rota y desquiciada.

parable presa. Aquel «Castillo» invadido por el pecado, feo por tanto, va transformándose poco á poco, por magia divina, en Morada espléndida de Dios; tan espléndida y deslumbradora, que Dios se halla allí en su residencia propia, digna de su Alteza infinita. Leed, leed «Las Moradas», no una, sino mil veces, porque siempre se hallará allí doctrina nueva, algo siempre inefable y espiritualísimo, que hará olvidar, unos momentos siquiera, la miseria de esta vida terrena. ¡Estais iluminados con un poco de luz de lo alto? Pues escuchemos al Serafín del Carmelo, que el Espíritu Santo habla por boca de tan tierna y ferviente y amorosísima criatura, según enseña Fray Luis de León. Cuando sufrais se quedades de la vida, desmayos de la voluntad y queráis un poco de aire puro para vuestra alma, leed «Las Moradas», que si fué tibieza lo que sentisteis al comenzar la lectura, seguro es que al concluir percibís calor en las entrañas, y experimentaréis, conforme vais leyendo, una como disipación de tinieblas, ó como despejo de lugares no conocidos ni casi imaginados, y eso que son tan íntimos nuestros. Quedais embalsado, absorto, ante la maravilla que se os presenta. Afirmas que si aquello no es gloria, es por lo menos el pórtico de la mansión de los justos, donde empiezan á aflojarse las cadenas que sujetan el alma, dando la libertad alborca el momento de recobrar su pristina amplitud y pureza. En aquel divino libro, se vé, pintada en celestiales colores, la conquista de la Bienaventuranza, la mayor Bienaventuranza que el hombre puede alcanzar. Y es conquista que se hace fácil, pues no es en batalla decisiva donde hay que hallar la victoria, sino en extrategia de atracción, haciéndose Señor del recinto palmo á palmo, dulce y lentamente, hasta llegar á dar el beso de amor á aquellos nimbos de la divinidad que abrasan y no queman, que suspenden la vida, trocándola por otra superior y sobrehumana, donde el alma se unifica con su criador, sin perder aún el libre arbitrio que tan alto la hizo volar y remontarse. Las armas que han de dar gloria y triunfos en tan singular y peregrina batalla, son el amor, solo el amor y los más apasionados rendimientos; todo expresado en su más genuina expresión, en obras todo, que se reflejan en ardentísimos conceptos y protestas sublímísimas. Allí está sensibilizado lo espiritual, por eso lo ven todos y todos sienten su belleza. En «La Vida», el alma es huerto que se vá regando de muchas maneras para que vayan naciendo las flores de la oración, que se transforman en frutos regalados del amor. Aquí, en «Las Moradas», es ya el alma alcázar vastísimo, en cuyo centro se alza el trono que ha de ocupar el Rey de la Gloria. Y cuando el Sol se ha posesionado ya de la fortaleza y la ha inundado de vívidos resplandores, sentimos que la vivienda se prolonga hasta perderse en el infinito, acompañada de estrellas y contestaciones, de Serafines y bienaventurados... ¿Que divina inmortalidad no tendrá allí su asiento? ¿Cual virtud se hallará allí sin su palma...?

Esto es Mística; Mística comprensible al buen sentido y sin embargo, grandiosa, estupenda y sugestiva. Mística del corazón para los que leen y en ella quieren amaestrarse; Mística especulativa en orden altísimo, para el talento vidente y seráfico que alcanzó á coronar tan celestial monumento.

Si no tenéis Fé, guardaos de tocar esta «Joya Oriental». Nada de su trascendental grandeza veriais en ella. Simulariais al topo, extraido de la tierra y expuesto en afligranada vivienda á los ardientes rayos del sol meridiano. Para los que creen, es sencillo iniciarse en los misterios sobrenaturales del alma. Para los afligidos de impiedad, los libros de Santa Teresa tienen como fondo un valor muy relativo: el que quiere darles el profano lector.

¡Prestigio inmenso y sin igual el del sabio Santo! Ellos fueron uno en sus libros y en sus actos. Concoordinaron plenamente el sujeto artístico, pensador, con el hombre que ejecuta y se mueve en el ambiente de las pasiones. No hay en los santos una sola teoría que no aplicaran á su vida, que no tuviera completísima manifestación en la práctica. El dualismo que suele advertirse entre el escritor, como escritor y como hombre, desaparece tratándose del santo. Amante de la unidad, se formó cada vez más compacto, se recogió en sí mismo, se simplificó hasta terminar en el punto culminante del espíritu, que es el amor; causa eficiente de la creación, motivo único de la Redención, y el solo tránsito del hombre á su unión con Dios.

Raduciré la expresión, para concluir, diciendo, y en ello no yerro, que es el santo el hombre por excelencia, el varón perfecto, el modelo, el intercesor, el abogado, el hombre de Dios, es decir, casi divino. Y no crean los cándidos que este que es hecho repetidísimo faltará nunca; hoy no vemos, quizá, lo bueno que nos circunda, ó no lo queremos ver, porque hoy desvirtua el orgullo científico y el descreimiento, lo que son á ojos vistos verdaderos milagros, que otras generaciones se encargaron de sacar de entre el polvo del olvido. Creara este siglo criaturas semejantes á Santa Teresa de Jesús, y acaso, y sin acaso, no las tuviéramos en tanto como á la Virgen insigne, que solo la posteridad hace justicia, solo el tiempo depura los hechos y disipa las nieblas del error tejidas por la envidia y otras malas pasiones, que siempre fueron contemporáneas del genio, sin faltarles dardos agudísimos para el santo. Además, que hoy tenemos muy «tiznados los espejos del alma y no puede reflejarse en ellos la imagen de Dios», como la Santa dice; ni nada que de Dios venga. Tuviéramos menos engrimiento por los dominios conseguidos sobre la materia, que es por lo que el siglo se distingue, tal vez con moscabado de señorios espirituales, y abriéramos los ojos á la fé en alabanzas al Creador por la inteligencia con que nos dotó como presente el más estimable, puesto que es la que tanto consigne y tanto puede lograr, y no fuera preciso más para que la fé volviera á habitar con nosotros, tanto como fué don fructuosísimo de nuestros antepasados: porque solo nosotros somos los empeñados en alejar la Cruz.

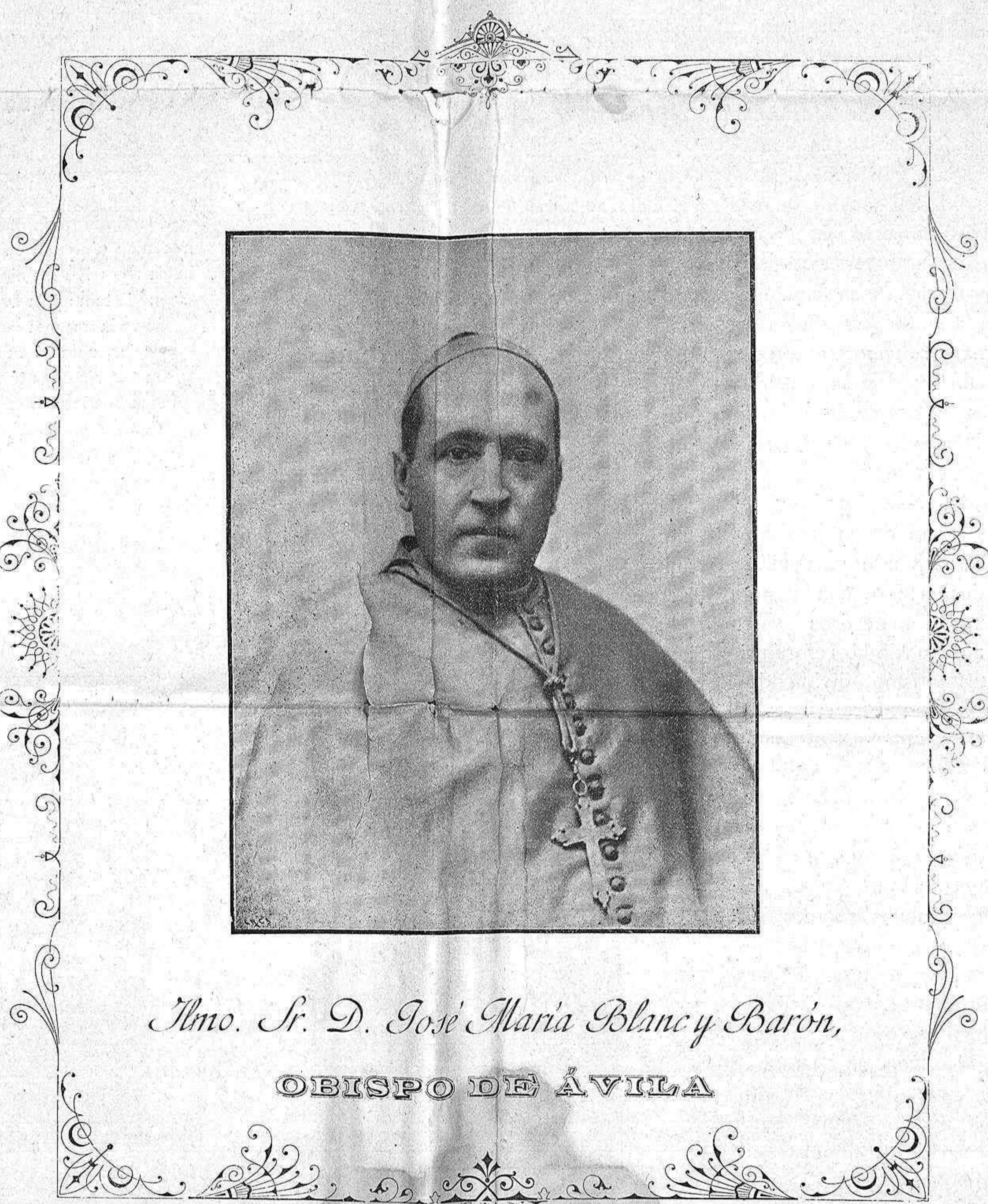
Simón de G. Octubre de 1896.

SANTA TERESA DE JESUS

Grande como la luz que Dios creara así fué para el mundo tu talento, porque dijó como indeleble muestra del amor celestial vestigio eterno.

¿Qué más pudiste hacer, santa Doctora, al cruzar este valle tan incierto, que eluzar el espíritu á Dios mismo y sufrir los agravios en silencio?

— ¡Todo está allí! — digiste dulcemente con éxtasis mirando al puro cielo, y majestuosa con tus obras ibas dejando por el mundo sus destellos.



Mmo. Sr. D. José María Blanc y Barón, OBISPO DE ÁVILA

Dedicando el presente número á ensalzar las glorias de Santa Teresa de Jesús, hemos creído oportuno publicar el retrato del virtuoso y sabio Prelado que rige la Diócesis, en cuya capital vivió la luz la reformadora del Carmelo.

No nos hagamos ilusiones. Hoy, se llora por cansancio más que por arrepentimiento. Es vino nuevo en odres viejas lo que se desea, porque se cree, malamente, que está en el objeto la deficiencia, cuando el mal es eminentemente subjetivo.

Categoricamente se ha de decir, que para la Religión no existe el tiempo ni la distancia. Así debía entenderse hoy más que nunca, por ser fama que la ciencia ha borrado lo absoluto de estas ideas de tiempo y de distancia, haciéndolas muy relativas, y en casos, de puro convencionalismo. Escudados, pues, por la ciencia, puede asegurarse, que Cristo está muriendo siempre por nosotros, y que para la Religión no pasan siglos ni pasarán. Además de esto, la verdad es en sí eterna é inmutable y no envegece ni se gasta. Si Copérnico descubrió los movimientos de nuestro sistema planetario, no es preciso que vengan nuevos Copérnicos á refrescar esa verdad, que por serlo, no hay que buscarla repetidas comprobaciones á toda hora, ni nadie las pide para creer en ella, ni son necesarias. Una vez arrancado el velo que la cubre, ella se impone y fuerza el entendimiento á declararlas con solo presentarse, y el tiempo, en su infinitad, es nada para ella. Y siendo esto así, como lo es, y tan elemental que hasta los niños lo aprenden, ¿qué queremos hacer á Dios menos merced que al hombre? ¿Por qué la verdad de Dios se cansa, se fatiga, y hay que renovar los orígenes, hay que renovar el esfuerzo inicial. ¿Cuál es, añadia, nuestro mártir de hoy? ¿Cuál nuestro Cristo? ¿Dónde está el hecho fecundante y todo poderoso? ¿Dónde el gran acto? Y concluía diciendo, que hace falta un milagro.

Quédeme rato rumiando el escrito, y no pude explicarme, ni me explico, por qué hacen falta nuevos calvarios, y por ende otros deicidas, para lograr que la fé no se extinga. De la argumentación del articulista no se deducía otra cosa, sino que hoy, para creer, hay que ver. Que, como se advierte, es fé donosísima y á pedir de boca. Tamaños... ¡ideales, serán tal vez deseos de hallar una verdad sólida donde apoyar la fatigada frente desorientada en la duda; pero más bien semejan satánicas ansias de rebelde, que quiere hallar triunfos en lo misterioso y sobrenatural, saciando así la curiosidad malévola. Cuerto es suponer que, el Hacedor Supremo, no estará jamás propicio á conceder tan ridícula satisfacción á la humana soberbia. Cuando leo expresiones semejantes á las trascribas más arriba, vienéseme á la memoria la España pasada, los hombres de otras épocas, y sobre todo, aquellos Santos Sábios á heclura de Santa Teresa, que acertaron á amar á Dios á maravilla, sin que acordaran en forma de sacrilegios. Asombra notar cómo aquellos Sábios Santos compadecieron la suma humildad con la sabiduría más excelsa. Cómo convinieron á una en que la obra divina, siempre patente á la humana inteligencia, es testimonio perfecto de la presencia de Dios, y labor inacabable para el hombre, donde puede ampliamente saciar su inestinguible deseo de investigación y de novedades. Afirieron con todas las fuerzas del alma, que la sangre que Cristo derramó en el calvario, es el colmo del amor de Dios hacia su obra predilecta y acto, hecho sobradísimo, para perennizar la Fé, la Caridad y la Esperanza, en el corazón de la humanidad de todos los tiempos. Y alabaron y entonaron himnos al Dios Trino y uno, con solo considerarla como pudo reservarse para sí la Creación entera sin dar al hombre razón bastante para que tomara parte en el plan Providencial,

la santidad ni en el martirio. Todos estos efectos tienen su causa única; y no será virtuoso, ni mártir, ni santo, el que obedezca á causa y fin distinto del de Dios; del Dios que el católico reconoce y adora. Si el talento necesita variedad, será en todo menos en la creencia religiosa y en la moral, parte integrante del dogma, que ambas hay que aceptarlas, y creerlas.

La fé sobrenatural es eminentemente cristiana. Retrocediendo á las religiones politeístas adviértese no ser fé creencia que llevaba el sello de lo humano y reconocía origen fabuloso. Comprendieron así algunos filósofos de la antigüedad clásica, y repugnaron admitir como artículo de fé la divinización de las más antitéticas pasiones y en su unión la de los dioses más nefandos. Apartados de la creencia oficial trataron de hallar en hondas especulaciones la verdad, y acabaron por definir los atributos del Sumo Bien y de la Belleza Absoluta, en fórmula harto bella y grandiosa. Mas como hubieron de partir de intuiciones y de hipótesis inductivas, no pudo llamarse fé, ni destello de fé, lo que no tenía positiva realidad ni dogma definido, y en tal concepto la creencia había de cimentarse en la razón individual y discursiva, única fuente entonces del conocimiento y donde había que hallar toda certidumbre. Ello tan movedido y falaz como de donde partía, y con una elevación de ideas de más rauda imaginación que de verdad racional é incontrovertible. Si presintieron algo de lo que después fué verdad cristiana, faltóle la precisión, como no podía menos de ser, apareciendo envuelto en confusas nieblas y entre vaguedades á veces ininteligibles. Y si no había fé, propiamente dicha, en las sociedades gentílicas, menos había de haber mística, épica de la fé; que es condición de la mística tener

apoyo firmísimo y exclusivo en la revelación, y obrar en ambientes sobrenaturales. Por ser la idea de la mística puramente teológica, es por lo que vino vulgarmente á entenderse, que mística valía tanto como cosa inaccesible é intrincada, puramente teórica casi, y en la cual no tenían cabida sino talentos inspirados y exclarecidos; y es porque á la mística se la hizo depender del entendimiento directamente. Los maestros que de ello hablaron, tal vez contribuyeron á la acepción que el vulgo la dió; hasta que llegó la hora de aparecer Santa Teresa, que fue la destinada á hacer entender al universo entero, que puede ser Místico, sencillamente, todo el que sepa amar, pues que es en el Corazón, y no en la cabeza, donde existen y donde tienen que fructificar las simientes de la Santidad. Si San Agustín decretó que sólo con querer se es Santo, Santa Teresa añadió la segunda parte: Se es santo queriendo amar. Y dió lecciones de amor; y por que las dió muy altas y profundas se la intituló Doctora Mística. ¡Dar lecciones de amor! Esto era nuevo, y á más de nuevo asombroso. Pero el asombro subió de punto, cuando vieron lo que componía el fondo y cómo era la forma en que las doctrinas Místicas se expresaban. Tuvo Santa Teresa conciencia de su gran obra á pesa, de su santificada humildad y de su modestia angélica. Calculó exactamente el alcance de las teorías, que practicó, destinadas á abarcar en su círculo al sabio y al indulto. Dedúcese de lecturas de Santa Teresa, que en el entendimiento no tenemos nada digno de Dios. Solo la Fé le conoce y el amor le posee; y ante esta llama de amor infinito, las potencias se imposibilitan, se anonadan, quedándose extáticas y suspensas. Al hablar de esto... hay que leerla, si, hay que leerla para estimar, en cuanto alcancemos, el valor y la hermosura de tan rica é incom-

¡Amar la vida en Dios!... ¡Creer constante!... ¡Morir en ese amor que es tan inmenso!...

Y, aun siendo como fuiste, hay en la tierra quien se inclina ante ti con falso empeño, halagando al espíritu un instante para seguir después materia siendo!...

¡Vivir en Dios!... ¿Qué importa á muchos seres que gozan del placer el torpe sueño sin dejar al espíritu que aliente la vida en la esperanza de lo eterno?...

Ceso ya; que cantar la gloria tuya es empresa mayor á mis deseos. ¡Sólo admirar la santidad me basta que te dió la Virtud con el Talento!

Santos Lazo.

Avila Octubre de 1896.

MARÍA Y LA ORDEN DEL CARMELO

Este es un hermano de María, recomiendan los Pontífices que se diga al ver á un Carmelita, y hasta conceden gran número de indulgencias y de gracias al cristiano que confiese tan alta prerrogativa, y que proclame tan honrosa denominación... Es porque los hijos del Carmelo todo lo deben á María; es porque ellos son todo de María; es porque hasta parece que representan, en el siglo, los amores predilectos de María...

Aquella misteriosa nebulosa que hace tres mil años coronara el monte sagrado del Carmelo, el espíritu era de María, que, derramando bienhechor rocío sobre el pueblo de Israel, daba ocasión á Elías para fundar, agradecido, la Orden Santa de los Profetas. Y fué garantía de aquel alto mandato la promesa que el Creador del mundo, esposo de María, hizo al tronco robusto de los Recabitas de que jamás les faltaría descendencia; y de que, en medio de sus propias mudanzas y vaivenes, siempre perenne quedaría, á semejanza de la tierra, que nunca se aparta de su eje aunque ardorosa tiemble, y allane sus montes, y trueque la corriente de sus ríos, y se afane, inconstante, en absorber y vomitar sus islas. Testimonio de las preferencias celestiales son igualmente esos suavísimos coloquios que Cristo Señor Nuestro, Hijo de María, celebró tantas veces con los bienaventurados de esta Orden, á quienes arrabataando con amor el alma, con amor la levanta hasta Sí Mismo, para conferenciar con ella... A quienes se la arranca del cuerpo, por medio de raptos y de vuelos, y la desata y desvía del yugo cruel de los sentidos, para que comiencen á gustar, en esta vida, los bienes eternos de la Gloria. Y justifican á su vez el hermoso renombre de Hermanos de la Virgen tantos ilustres Carmelitas, quienes, como dice el Cantar de los Cantares, parecen nacidos para vigilar el lecho de la Reina de los Cielos, y designados, por invisible mano, para defender su Magestad inalterable de las asechanzas del rey de las tinieblas... Y que deben apellidarse Hermanos de María, lo publican también ese amor puro de sus vírgenes, inflamadas en seráficos anhelos, y esas continuas plegarias, llenas de ardiente fuego, que elevan sin cesar al trono altísimo en favor de los desventurados, y de los infractores de la Ley Divina.

El alma noble de María, antes que Dios la mandara unirse á la carne mortal de la madre del Cordero, fué la que, en forma de vaporosa niebla, animó la inspiración del venturoso Elías... Aquella alma casta y sin mancilla, tomando posesión de la naciente Orden, (no bien se abrió á la vida) se declaró súbitamente su patrona; se convirtió en su guía; y se hizo su Señora. Aquel espíritu grande y generoso, criando para su intimidad y su regalo á los hijos escogidos del Carmelo, les otorgó el privilegio inestimable de que ellos fueran los primeros en rendirla veneración y culto, y en verla brotar inmaculada del mar pantanoso de la corrupción humana. Aquel sano rocío que produjo consuelos abundantes al pueblo apenas de Israel, fué la señal inequívoca del nacimiento de María; fué el anuncio anhelado de la venida de la Mujer fuerte llamada á realizar la salvación del mundo; fué como una promesa de que aquella esperada maestra de los hombres escogería, en el tiempo, á la Orden privilegiada del Carmelo, para canal que llevara á la sedienta tierra las dulcísimas aguas de la Divina Gracia...

Y á ruegos de María, Dios se dignó librar la nave que heredó Eliseo de las rocas encrespadas de la flaqueza humana. Y á instancias de María, Dios la salvó del airado oleaje de los tiempos para que después de treinta siglos, cuando ni aun vestigios quedaban de pueblos y naciones importantes, ni memoria siquiera de sabios y guerreros, que parecían inmortales, la Orden Profética permaneciera en pie, en medio de tan inmensas ruinas, burlando el rigor de las edades, á manera del Sol que cada día muere y cada día nace. A ruegos é instancias de María, Cristo Señor Nuestro asió el timón de esa nave, otra vez combatida por las persecuciones y herejías, y rota y desarbolada, y al parecer deshecha por sus propios pecados y sus vicios, y aclarando las tinieblas de la noche, y ordenando á los vientos que cesaran, mandó con imperiosos y deleitables ruegos á la sin par Teresa, que á conduxese otra vez más, con indomable brío, por un mar amigo y sosegado, tan pura, tan firme y tan lozana como en su principio... ¿Caben, por consiguiente, mayores privilegios, ni más gracias?

Y para afianzar aun más esa navegación sin fin, la Virgen María, madre de Dios y de Dios esposa, derramando gota á gota su corazón bendito sobre el corazón de esos herederos invencibles de la Religión del Carmen, quiso imprimir en ellos, con caracteres indelebles, la ley de abnegación, de caridad, de virtud y de paciencia que un día, de memoria eterna, sellará con su valiosa sangre el Redentor del Gólgota; quiso esculpir en el bruñido alabastro de sus almas inflamadas la figura adorable de ese Redentor amado, para que, imitándole á Él, dieran ejemplo de guardarla con fidelidad y con constancia... María no se cansa nunca de colmarles de mercedes y de alientos á fin de que llamándose Elías, Eliseo, Pedro-Tomás, Cirilo, Eufrosina, Simón Stock, María de Pazzi, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, fueran los Apóstoles más consecuentes, y los defensores más intrépidos de las verdades reveladas... Para que, tornándose en brillantes soles que resplandecen y resaltan en el opulento cielo de la Madre Iglesia, no cesen un momento de evangelizar á las naciones todas, y de extender, de un confin á otro del anchuroso globo, el culto y las grandezas de la Virgen. Para que en cierto día aciago en que Nestorio se negó á reconocer á María como la verdadera madre de Dios, se levantara presuroso el Carmelita San Cirilo, y con una actividad y una eficacia que causaron pasmo, impusiera al mundo, como adición á la plegaria que diariamente dirigen á la Virgen desde el tierno infante hasta el cansado anciano; desde el humilde hasta el soberbio; estas conmovedoras y elocuentísimas palabras: ¡¡Santa María, Madre Dios!!

Puede, por tanto, separarse ni siquiera un momento el dulcísimo nombre de María de la Orden Venerable del Carmelo?

Sebastián Covares y Orozco, Senador del Reino.

Avila, Octubre de 1896.



Ruinas de San Francisco.

Lo soy todo de mi amado.

El bálsamo sagrado del nombre de Jesús llenó los corazones de los Santos. La suavidad de su fragancia se dilató por todos sus sentidos, se difundió por sus potencias, y Jesús fué el único pensamiento de su inteligencia, el recuerdo constante de su memoria y la aspiración única de su voluntad. Este bálsamo dió pábulo al fuego que Jesús vino á traer á la tierra; y el corazón de los escogidos convirtióse en poderosa hoguera, en incendio voraz, que, ó no dió tiempo á nacer, ó consumió, apenas nacida, la escoria de todas las concupiscencias, haciendo brillar radiante de luz, de vida y de hermosura la llama del amor á Jesús.

Esta llama arde siempre viva en la eternidad feliz; allí adquiere nuevos é inextinguibles fulgores en todos los santos; más tratándose de la sin par Castellana, del abrasado serafín del Carmelo, Teresa de Jesús, vive y vivirá también en el tiempo, tanto cuanto duren sus «Obras» inmortales. El alma que las informa, el espíritu que las vivifica, el corazón que las alienta, es el amor á Jesús, que se encuentra en cada libro, en cada página, en cada línea de los incomparables escritos de la mística Doctora; constituyendo este amor santo la expresión más sublime, la síntesis más acabada y perfecta, el epígrafe más expresivo de su propósito, al legar á la posteridad tan preciado tesoro.

La «Vida de la Santa Madre» y alguna de las mercedes que Dios la hizo es un compendio de las maravillosas trazas de que Dios Nuestro Señor se valió para depositar en aquella alma escogida el amor á la oración, llevándola desde la sencilla meditación hasta la contemplación más subida, hasta el éxtasis y el amoroso arrebamiento que la hace salir fuera de sí y exclamar deshecha en gozo, desfallecida de amor como la Esposa de los Cantares «Yo soy toda para mi amado»: Si, que esta y no otra significación pueden tener estas hermosas palabras de la Santa «¿Qué se me dá á mí, Señor de mí, sino de Vos?» Esta misma significación tiene el «Castillo interior ó Las Moradas», obra en que como por la escala de Jacob sube el alma hasta la séptima morada, donde halla al Divino Salomón con el cual celebra sus místicos desposorios.

¿Y qué diremos del «Libro de las Fundaciones», de la preciosa colección de sus «Car-

¡Teresa de Jesús!

Hay en tu rostro angelica hermosura y en tu pecho sublime fortaleza; llena tu mente está con la grandeza de una ciencia genial, divina, pura. En amor, no ha existido criatura que pudiera imitar tu sutilza, el osar igualarte fué viliza; jardí en tu corazón llama que aun dural. Quieres morir, porque vivir no puedes sin esa vida que la muerte alcanza, y embriagada en tu cética esperanza en fe y en caridad á nadie cedés. Así al mirarte Dios... premió tu anhelo jenseñándote en vida el alto cielo!

Juan Arribas.

Barco 9 Octubre 1896.

¡LA DOCTORA INSIGNE Santa Teresa de Jesús!

Cual refulgente divino faro que entre las sombras presta su luz, fueron las obras que al mundo entero con gran talento legaste tú.

Fuiste dechado de perfecciones por Dios creado, para su bien. Tu vida entera pasaste ¡oh Virgen! mirando al Cielo, pensando en Él.

Y en recompensa de tu amor puro divina fuente de santidad, Dios te dió el cielo que tu anhelas con las virtudes poder ganar.

Muchos te admiran por tu talento; yo te idolatro por tu virtud... Tu fe es luz santa; pues yo te pido que no me falte nunca esa luz.

Sebastián Covares y Orozco.

Avila y Octubre de 1896.

¡Solo Dios Basta!

En el universal concierto de alabanzas y admiraciones que la humanidad tributa constantemente á la esclarecida Doctora, Santa Teresa de Jesús, han de resultar desde luego exiguas é inarmónicas las palabras que se atreve á trazar mi humilde pluma; pero si es verdad que en estas cosas del espíritu puede afirmarse que con la intención basta, sea la mía suficiente á disculpar el atrevimiento que cometo.

Grandes, sublimes, admirables son las obras de nuestra Santa, mas con tener en ellas tanto que aprender el hombre, bien puede decirse que los innumerables frutos del talento que todos la han reconocido, se condensan en esta grandiosa frase:

«Solo Dios Basta.»

Dios solo fué su libro y con Él no tuvo necesidad de otros. Es cierto que consultó la gran Teresa con teólogos famosos de su tiempo; pero consultaba, principalmente, respecto á su estado interior, movida por humildad y desconfianzas excesivas. Todos la animaban y fortalecían: nadie la guiaba: Dios solo era su maestro.

Confiesa ella misma que se amamantó en el estudio de los autores místicos, aunque añade que por espacio de muchos años no pudo entenderlos y que cuando comprendió la sublimidad de tales maestros, gracias á una iluminación superior, reconoció que no podía seguirlos.

¡Que rasgo de humildad y que contraste con el atrevimiento de algunas eruditas y sábias de los tiempos modernos!



Convento de Santa Teresa, edificado sobre el terreno que ocupó la casa donde la insignie Doctora vió la luz primera.

«Gran cosa son el saber y las letras para todo,» dice la Doctora; añadiendo, «que si la vida espiritual es peligrosa para las mujeres es porque son ignorantes.»

¡Y que de contrariedades y grandes luchas tuvo que sufrir la que sabía tanto!

Cuando comenzó á escribir, (1561), la mayor parte de los libros devotos y místicos habían sido prohibidos por el Index de 1546 y 1550. Sufrió después miserias, desaires y persecuciones; pero venció todos los obstáculos practicando constantemente su divisa; «Sufrir ó morir.»

Su sinceridad es admirable; su paciencia no tiene límites y su sencillez encantadora.

Con Dios solamente por Maestro fué por el mundo dejando las imperecederas huellas del saber y del amor divino.

Su Vida; el Camino de la Perfección, Moradas del Alma; el Libro de las Fundaciones; la Colección de Cartas y otras varias obras, demuestran lo que fué y lo que valía una mujer con alma y corazón bastantes para llenar el mundo.

No es de extrañar, ni á nadie sorprende, que reuniendo virtud é inteligencia, ejerciera tan grande impresión en su tiempo, que aun antes de ser canonizada la llamaran las gentes Santa.

Y todo ello es debido á que como base de cuanto realizó en el camino de la vida, tuvo esta creencia, sintetizada en sus elocuentes palabras, que dicen:

¡SOLO DIOS BASTA!

Santos Lazo.

Santa Teresa de Jesús para los avileses.

GLORIA de España y admiración del mundo es Teresa de Jesús. Para unos es profundo filósofo, que partiendo en su examen y observación, cual perspicaz psicólogo, del alma humana, que viciada y corrompida por el pecado, la mira como se va despejándose de sus miserias, y se desase del mundo, y se desliga de la carne, y ya limpia y purificada asciende morada tras morada hasta llegar y aposentarse en lo más alto y escondido de aquel místico castillo donde contempla á su Bien, se une con su Amado y se ciñe con Él en apretado abrazo, como se unen y juntan, según expresión de la Santa, dos velas encendidas y forman una sola llama.

Considéranla otros como incansable reformadora de su Orden á la que adoctrina con severa disciplina de austeridad y recogimiento. Predica Lutero una Reforma y destruye con sus negaciones aquello mismo que quisiera mejorar: promueve Teresa la misma Reforma y la consigue y realiza, y es porque al uno inspirante el orgullo y la soberbia, y á la otra alientan en su empresa, la levantan en sus desmayos y la fortifican en sus adversidades la paciencia y la humildad. Nada te turbe, nada te espante, que la paciencia todo lo alcanza: con esta divisa fundó diecisiete conventos de mujeres y quince de

hombres á los que infundió su hermoso y tranquilo espíritu, su cristiana y perfecta resignación, logrando de ellos que «ni el trabajo les canse, ni el encerramiento les fatigue, ni la enfermedad les decaezca, ni la muerte les atemorice ó espante, antes les alegre y anime.»

Sea para los más escritora inimitable por la llaneza de su estilo, por la pureza de su lenguaje, por el sin igual encanto, más propio de familiar conversación que de abstruso y razonado discurrir, con que trata los más hondos problemas de la metafísica y de la teología, pudiendo decirse con Fray Luis de León, «en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios, y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de la palabra, y en una elegancia desafiada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritora que con ellos se iguale; y aún siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo». Estas excelencias úótanse, sobre todo, en su obra maestra el Castillo interior ó las Moradas y en el Camino de perfección, desechados de nuestra literatura.

Para nosotros es eso y algo más que eso. Es nuestra más ilustre paisana, pero es además nuestra predilecta Santa. Su casa, el solar donde estuvo edificado el modesto palacio de sus padres es nuestro hogar también, el hogar de nuestro espíritu, el refugio en nuestras adversidades, el puerto á donde nos acogemos en nuestras tribulaciones y tristezas, y ella la Santa querida, la Santa fervorosamente rogada, nuestra última y suprema intercesora en nuestros dolos y pesares.

La devoción que la tenemos es tan ardiente y entusiasta que nos enorgullecemos diciéndonos avileses, y no porque esta sea la patria de héroes y de mártires, de guerreros ilustres y notables políticos, sino, porque es también la patria de Teresa, porque aquí nació, porque dentro de estos muros creció, porque el horizonte que nosotros miramos, porque hacía el mismo cielo sereno y siempre despejado que nos cobija levantó ella sus ojos y descubrió tal vez por él aquel otro cielo de sobrenatural belleza que la llamaba y arrebataba y la hacía exclamar:

Vivo sin vivir en mí, Y tan alta vida espero Que muero porque no muero.

Desde niños nos hemos habituado á mirar á Santa Teresa como cosa propia, como algo que se une con nosotros se mezcla asociándola á las alegrías y á las penas, imaginando, en nuestra devota confianza, que aquellas nos las concedía como don gratuito y de estas nos consolaba con saludable y misericordiosa medicina. Por eso nuestra devoción tiene algo de idolátrica, pero con idolatría inocente y candorosa. Vamos á la Santa, decimos; se lo pediremos á la Santa con lágrimas en los ojos, á veces, exclamamos, y es porque en su casa, donde nació, donde se despertó su entendimiento á la luz y su espíritu se levantó con la oración al cielo, es para nosotros, el único templo donde la rezamos, donde ingenuamente la pedimos, donde con familiar confianza hasta la importunamos; y su imagen es la que en el altar de su casa hemos visto siempre, y no otra; su imagen arrodillada, poseída de éxtasis, mostrándonos su rostro arrobado y conteniendo su mano el corazón que se desborda en amorosos y celestiales deliquios.

Y esa devoción de toda la vida, de todos los instantes, se nota y advierte sobre todo en los más amargos, en los más crueles de la existencia. ¡Quién de vosotros, lectores míos, no la habrá dicho en momentos de angustia y honda pena; Santa mía, tu eres grande, tu eres santa, no por tus austeridades y penitencias, sino por el bien que hiciste, por el amor que sentiste; házmele á mí, sé amorosa, sé piadosa para conmigo, Santa querida, en quien he puesto toda mi fé, toda mi esperanza, todos mis anhelos y afectos!

J. Poes Morera.

Solo Dios Basta

Para alcanzar inspiración sublime yo quisiera que el alma libertada del mundanal afecto que la oprime, pudiera abandonando esta morada de la amargura y del dolor asiento y escalando las nubes que empañan el azul del firmamento, volar á la región de los querubenes, donde mirando á Dios de cara á cara su poder infinito contemplara.

Cantar pudiera entonces el poderío de Dios, que las alturas habitando, sin coartar del hombre el albedrío aparece ab eterno contemplando la senda que en el mundo seguir deben y su destino ignoto, dentro de cuyas órbitas se mueven de confin á confin el más remoto, los hombres todos que la tierra habitan y en pos del bien ó el mal se precipitan.

Pero es delirio de mi pobre mente este deseo que en mi pecho anida; loco empeño tal vez ó solamente sueño, ilusión, ó realidad fingida que en alas de la fé la fantasa ascendiendo á regiones más radiantes de luz y poesía

y de embriagadoras emociones, se forma ¡pobre iluso! el ser humano al penetrar el insondable Arcano.

Empresa es vana, sí, que yo pretenda lo que es muy superior á mi albedrío, pues aunque la pasión viva sostenga la llama de la fé en el pecho mío, sueño sería mi canción, quimera lo que mi torpe pluma cual eco de mi alma repitiera sobre el poder de Dios, compendio y suma de todos los poderes, que en esencia átomos son no más de omnipotencia.

Más humilde ha de ser mi poesía si no ha de naufragar en el camino que intenta recorrer: si ha de ser mía. Por eso solo del poder divino, el saludable influjo cantar quiero que ejerce á toda hora sobre quien con amor muy verdadero cree y confía en Dios y á Dios adora, seguro de que Dios tan solapadamente puede apagar la sed que el alma siente.

Seguro, sí, porque cual Dios no hay nada que calme de las almas el quebranto; con Dios la vida es gloria anticipada; nada cual Dios para evitar el llanto amargo que brotar quiere á raudales, pues de Dios de tal suerte es su imperio y tan claras las señales de su poder, el más robusto y fuerte, que los que á Dios acuden nunca lloran ó sus lágrimas pronto se evaporan.

Busca el hombre el placer y solo halla tras el placer soñado la amargura, que contenida un tanto al fin estalla cuando puesto ya el pie en la sepultura mira al pasado que surcó afanoso y tal vez inconsciente, creyéndose feliz sin ser dichoso, olvidado de Aquel que Omnipotente reparte en esta vida y la otra vida la dicha que es verdad, no la mentira.

Ni los ricos tesoros codiciados; ni la gloria que va en pos de la fama; ni los puestos por otros escalados; ni el mundanal amor que el pecho inflama; ni el placer de una vida regalada; ni la dulce ventura de una dicha ideal por ser soñada; ni el honor, ni el saber, ni la hermosura, llevan tras sí la apetecida calma que hace al hombre feliz: la paz del alma.

Sólo Dios es el iris de bonanza cuando la tempestad ruje en el pecho; Sólo Él es puerto abierto á la esperanza cuando estragos sin fin la pena ha hecho, Sólo Dios cuando el hombre atormentado por el dolor más fiero corre loco, sin fé, desesperado, hacia el abismo del placer postrero, saliéndole al encuentro en su camino lo detiene y encauza á su destino.

¡Triste del sér que en las menguadas horas de la tribulación y la agonía, falto de fé, de ideas salvadoras, ni sabe lo que es Dios, ni en Dios confía! ¡Triste de aquel que el tiempo consumiendo en livianos placeres, su vida poco á poco destruyendo por no escuchar la voz de sus deberes, olvida que en la Tierra y en el Cielo sólo Dios es la fuente del consuelo!

El ruiseñor que en la arboleda canta, el arroyo que el valle serpentea, el huracán cuyo bramido espanta, la estrella que en el cielo centellea; del ronco trueno el estridente ruido; el eco misterioso de la selva; del león el rugido; de la flor el aroma delicioso; todo dice á una voz, todo murmura sólo, sólo Dios basta á la criatura.

Sólo Dios basta, sí, sin Él la vida fuera sombra no más: sin Dios la muerte, para muchos tan triste y tan temida por el dudar de la futura suerte, ¡qué sería! La nada: vano nombre, algo desconocido, algo que pugna á la razón del hombre, la confusión, el caos indefinido, lo que no puede ser, porque es demencia poner de Dios en duda la existencia.

Esteban Puradinos.

Avila Octubre 1896.

TRADICIÓN TERESIANA

Entre de las escenas más sublimes desarrolladas en el mundo, desde que Jesucristo dejó de ser hombre, llamaba un entusiasta peregrino y ardentísimo devoto, al Convento de la Encarnación.

Los episodios de la vida de Santa Teresa, añada, y hasta aquellos detalles íntimos que ella misma refiere con inimitable y graciosa llaneza, representanse en la imaginación, al contemplar el afortunado Monasterio, albergue por tanto tiempo de la monja de las monjas, de la mujer menos humana, después de María, que ha alentado en esta tierra donde viven y se agitan los mortales.

Por que leer su vida aspirando los efluvios y perfumes que se desprenden para solaz y recreo del alma, de aquellos renglones, trazados por Teresa, pero guiada su mano desde el Cielo, y no familiarizarse con el convento mil veces santificado, es imposible.

¡Cuantas veces, al penetrar en la Iglesia, al

llegar al locutorio y hasta al contemplar desde fuera el Monasterio, he reído, repasándolo en mi memoria, lo que la Santa dice, de la manera propia y exclusiva con que Dios la hacía hablar!

Leer la vida de la Santa, empapándose bien de sus palabras, y acudir luego á la Iglesia de la Encarnación que solitaria siempre, convida á orar y á la meditación, es participar en cierto modo, de las visiones, de los místicos arrobos, de los éxtasis de la mujer con cuyo nombre, el mismo Jesus se apellidó.

Y no solo los acontecimientos que ella refiere, son los que en tropel primero, y clara y distintamente luego, acuden á mi memoria cuando en la Encarnación me encuentro.

Al llegar á Avila, hacía mucho tiempo que yo había olvidado una tradición que entre otras muchas de Santa Teresa ó de varias veces á mi anciano maestro, el que al hacerme aprender las primeras letras, me enseñaba también la devoción que merced á él tengo al Serafín del Carmelo. Pues bien, á pesar de los muchos años transcurridos y de que como antes dije, habíala ya olvidado por completo, mi primera visita al Convento de la Encarnación, me la hizo recordar.

Oída la voz de Dios, Teresa dió comienzo á su calvario: la reforma de la orden carmelitana era el pensamiento constante, la aspiración fija de la Superiora del Convento de la Encarnación.

Repitiendo el grito famoso de Dios lo quiere emprendió la cruzada que había de dar por resultado, no la conquista de ciudades, pero sí la fundación de los Conventos de la orden refor-

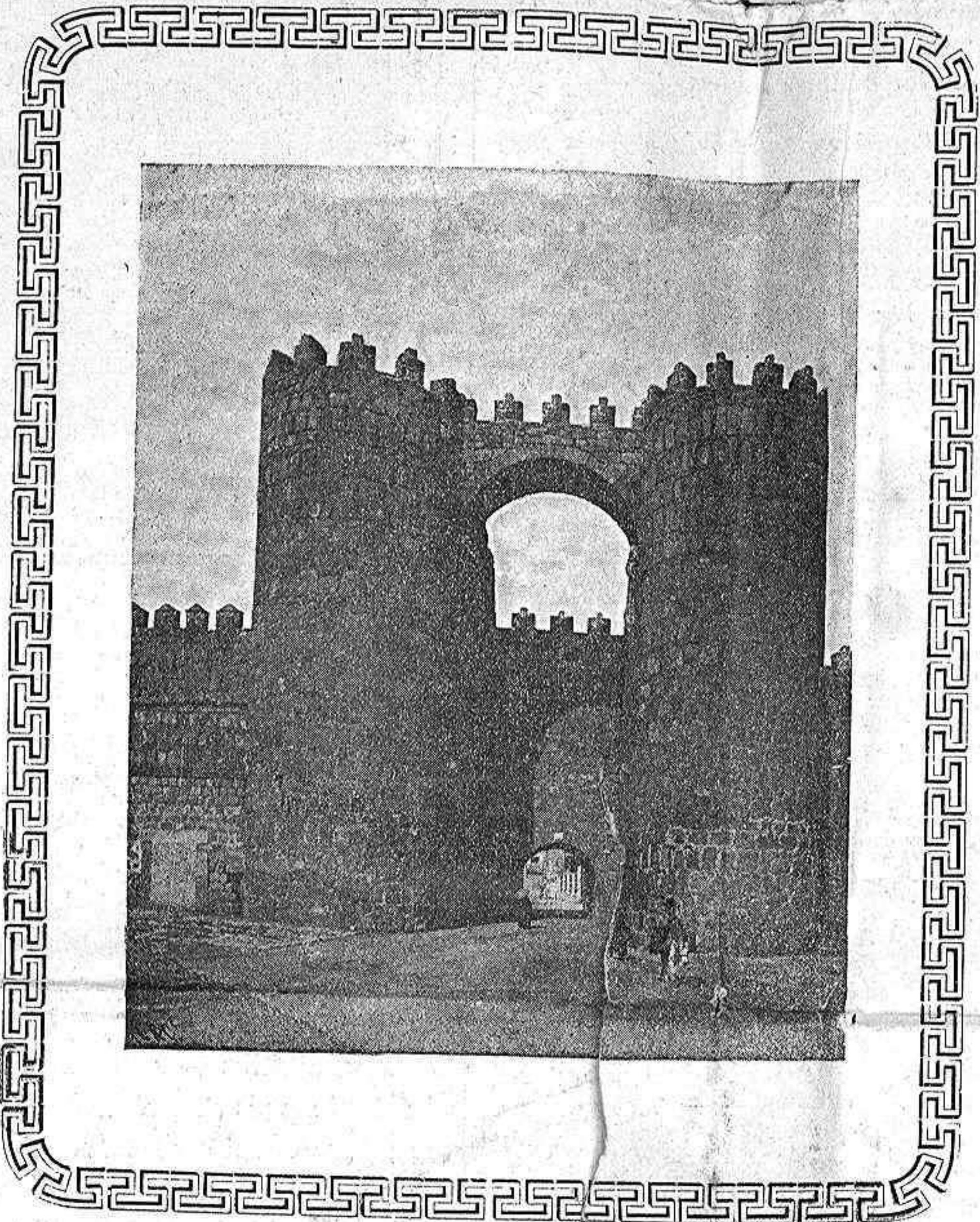
mada. Si Pedro el Ermitaño con Godofredo de Buillon, iba á reconquistar el Santo Sepulcro y abatir el poder amenazador de los infieles, Teresa de Jesus, con enemigos en todas partes, en su propia casa, iba á reconquistar la pureza de su regla, preparando á la Orden Carmelitana para que perpetuamente combatiera la formidable amenaza de la herejía protestante.

Pero cuantos trabajos, qué de sufrimientos hasta llegar al fin! En los días en que más recia era la persecución y mas menoscabado se encontraba el crédito de la andrújiga monja, acudió á visitar la al Convento de la Encarnación, una señora principal de Avila.

Recibió Teresa con mucho agrado, la visita de su buena amiga doña Ana del Aguila, la cual, á pesar de los vientos que por la Ciudad corrían contra los proyectos de aquella visionaria, no participaba de la opinión general y prestaba, cuanto auxilio moral y material podía, á las aspiraciones de su santa y antigua amiga. Largo rato platicaron acerca de ellas, y no fué la que menos habló, la monja que al locutorio había salido con su Superiora.

Puso término á la visita, la presencia de don Luis de Estrada, que con ánimo de recojer á su esposa Doña Ana, había llegado en aquel momento. No participaba D. Luis de la opinión de su esposa y era por el contrario uno de los que más tenazmente se oponía con su influencia á los proyectos descabellados de aquella buena monja.

Sabíalo ésta, pero tal consideración no fué óbice, á que le hiciese los cumplimientos debidos al esposo de tan buena amiga. La poca ex-



Muralla. Puerta de San Vicente.

periencia y menos calma de su compañera, dió al traste con las esperanzas que momentos antes había mostrado Doña Ana, de poder traer á partido á D. Luis, siempre que hubiera mucha diplomacia en las negociaciones. No era éste de mala condición, pero habíase obcecado, y más que nada, por seguir la corriente dominante en Avila, negaba su poderosa y eficaz ayuda, á los deseos que su esposa tenía, de complacer á la Superiora de la Encarnación.

De aquella entrevista, prometíase Doña Ana que había de salir D. Luis muy otro del que hasta entonces fué: con no poco trabajo había conseguido que D. Luis fuera al convento, pero no contaba con la viveza de Sor Juana, la cual, echó en cara á D. Luis sus trabajos y sus dichos, y juzgó con alguna dureza los de oposición á la reforma que en la ciudad se hacían.

Irritóse D. Luis y de la conferencia salió más enemigo aún de lo que antes era, de los proyectos que se pretendía que apadrinase.

No se habían despedido Doña Ana y don Luis, cuando ya estaba anunciada la visita del caballero D. Diego de Guzman, persona de mucho crédito y hasta entonces uno de los pocos favorecedores de la empresa.

Más joh desengaño! precisamente la visita obedecía, á que D. Diego, después de haber meditado mucho sobre el asunto y de consultar á personas letradas y de mucha santidad, habíase convencido de la inutilidad y hasta de que era peligrosa y ocasionada á males sin cuento la novedad que se trataba de introducir.

Muy al alma le llegaron á Teresa estas palabras de aquel anciano y venerable D. Diego que hasta entonces había ayudado no poco y

animado á la Santa para que prosiguiera en sus trabajos.

¡Dos amarguras más que sumar á las hasta entonces sufridas!

Nada dijo de lo uno y de lo otro, pero lo que se cayó entonces, á fuer de experimentada, lo dijo en lugar oportuno.

Los avisos que para sus monjas, escribió la Santa Madre, fundados están en la constante observación y larga experiencia que sus infortunios terrenales la enseñaron.

Las ocurrencias de aquella tarde memorable, fueron causa de dos de los avisos que la Santa escribió para sus monjas.

La viveza de Sor Juana, refiere la tradición, dió motivo al aviso 10, cuyo contenido es el siguiente: Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á Nuestro Señor, para que no hablé cosa que le desagrade.

En el 61, fundado en la mudanza de D. Diego, se expresa así: Mirad bien quan presto se mudan las personas, y quan poco hay que fiar de ellas, y así, vírse bien de Dios, que no se muda.

La tradición que mi maestro me hizo saber, no la he visto repetida en ninguna de las obras que de las cosas de la Santa se ocupan.

Yo, sin embargo, la encuentro verosímil, por que no serían sucesos semejantes los que dieran nacimiento á tan sabios é inspirados consejos, como se contienen en los avisos que la Santa Madre dejó escritos para sus monjas?

Sublo Hernández de la Torre.

Avila Octubre 1896.

LAS INSURRECCIONES

En Cuba.

Ofertas patrióticas

El banquero D. Manuel Calvo, primeramente, y ahora los detallistas, han pedido al gobierno que se recargen todos los tributos en un 25 por 100, dedicando el importe de lo recau-

dado á la amortización de los billetes, lo cual permitiría ampliar la emisión de éstos.

El marqués de Apezteguia, como jefe del partido unión constitucional, propone á la prensa y á los comités de todos los partidos que cesen las polémicas violentas y sólo escriban para discutir con templanza inspirándose en una aspiración de concordia.

Los voluntarios han pedido al general Weyler que disponga de ellos incondicionalmente para la Campaña.

Síntomas son estos de un porvenir en que España podrá desarrollar todos sus medios de acción en una atmósfera favorable.

Encuentros.

Después del combate de Esperanza, la columna Aldave tuvo dos encuentros con el enemigo.

En ambos retrocedieron las partidas, que fueron dispersadas, dejando en el campo once muertos y llevándose muchos heridos.

Entre éstos se hallan los cabecillas Rodríguez y Loston.

La tropa tuvo un muerto, ocho heridos y doce caballos muertos.

Voluntarios caballería de Camajuani batieron en Cañas Bravías la partida de Vicuña; les fueron cogidos tres muertos, uno el cabecilla, que fué reconocido en Remedios; las nuestras un herido.

Columna de Barcelona, en diferentes puntos, hizo cinco muertos y tuvo dos heridos.

Batallón San Quintín persiguió á la partida Sartorius y le hizo tres muertos.

Columna Almansa en potrero Rosa hizo tres muertos.

Destacamento de Guayabo (Pinar) sorprendió un grupo rebelde, haciéndole siete muertos; tuvimos un contuso.

Destacamento Acosta hizo también tres muertos á las partidas de Lucrecio é Ibarra, que fueron batidos por Fuerte Martínez; dejaron un muerto, un voluntario herido. Presentados ocho en Las Villas, tres en Matanzas y uno en la Habana.

En Filipinas.

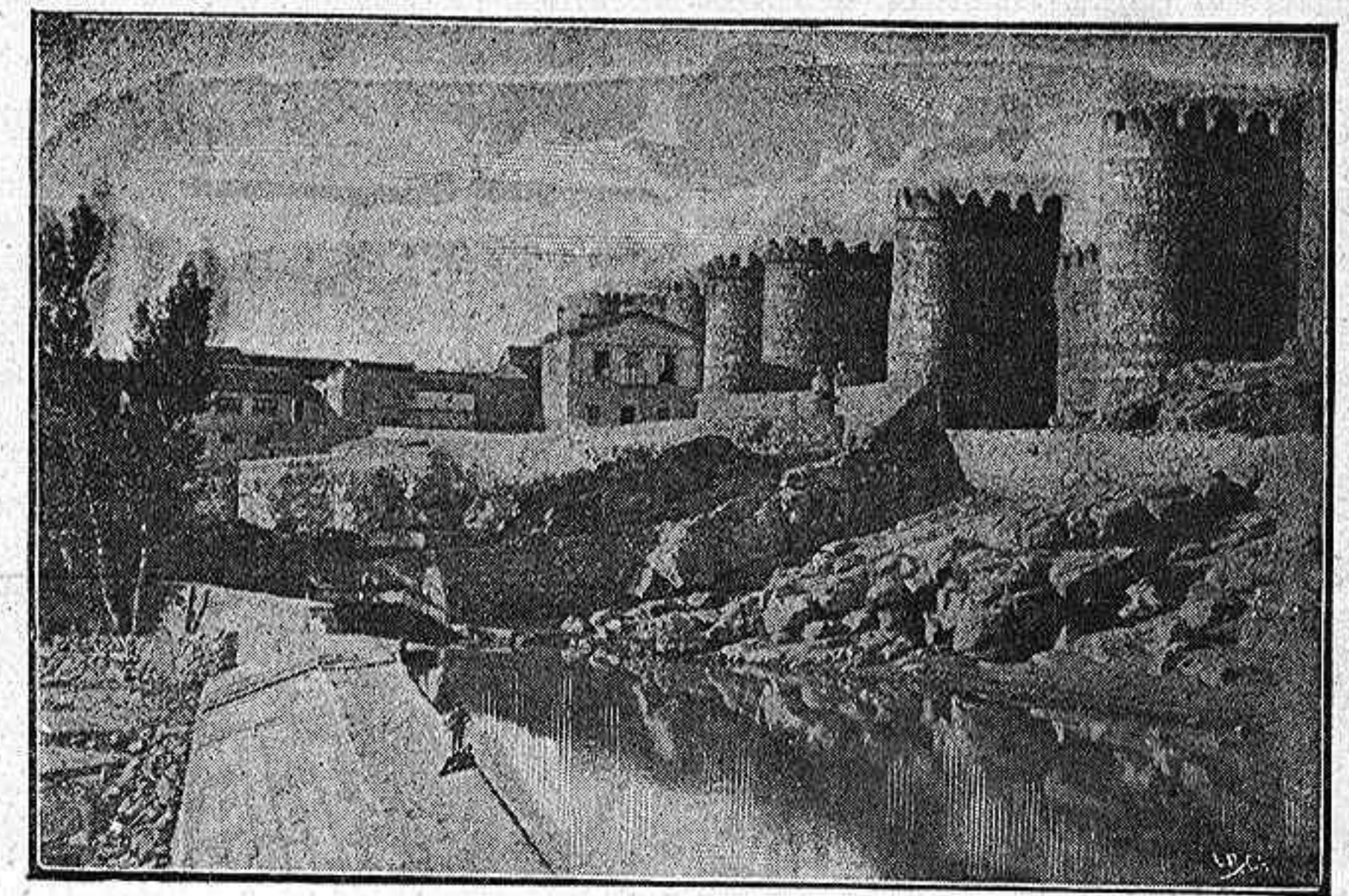
Ha llegado á Manila el vapor Antonio López con un batallón de infantería de marina.

En Barcelona ha fondeado el vapor Cádiz que zarpó de Manila el 3 de Septiembre, horas después que el Isla de Panay.

Momentos antes de partir supieron los pasajeros que habían sido deportados á las Carolinas 300 complicados en la insurrección.

Añaden que se daba como cierto que los cañoneros habían bombardeado tres pueblos situados al Sur de Cavite, destruyendo las posiciones de los rebeldes. Suponíase que éstos habían sufrido muchas bajas.

En el Ministerio de la Guerra se verificó el lunes un sorteo de médicos para cubrir once vacantes con destino á Filipinas.



Muralla de Avila Frente O.

Noticias locales.

Aún cuando el presente número reviste por su forma y confección el carácter de extraordinario, corresponde, según anunciamos en el de ayer, al que había de publicarse en el día de mañana; razón por la cual, y para no privar á nuestros lectores de algunas noticias siempre oportunas, damos cabida á esta sección.

Las horas en que Santa Teresa abandona su casa, para honrar con su presencia la Catedral, son las comprendidas entre las tres de la tarde de ayer y las once de la mañana de hoy.

Acompañada de la Comunidad de Carmelitas descalzas y seguida de innumerables fieles, Santa Teresa, acudió ayer á la Catedral en donde con los debidos honores fué recibida por el Excmo. Cabildo presidido por el señor Obispo.

Durante los días de la novena, está abandonada aquella capilla que con tantos devotos cuenta; ayer por la tarde y en las horas de esta mañana, la Santa por antonomasia, la patrona de las Españas, permaneció en la Catedral, de donde se llevó para su Iglesia, á la Virgen de la Caridad, que á su vez honra la casa donde nació Santa Teresa, permaneciendo en ella hasta las primeras horas de esta tarde.

Para desgracia de España, son muchas las peticiones y no pocos los memoriales que la Virgen de la Caridad y Santa Teresa, han de recibir de sus devotos.

¡Cuántos labios murmurarán la oración en que se demanda la terminación de las guerras que nos desangran, y se pide que la lluvia venga á fertilizar nuestros campos hoy yermos!

Con ánimo de pasar el día de hoy en Avila, ayer llegó á esta población, el Senador por la provincia, y exalcalde de Madrid, Excelentísimo Sr. Marqués de Cubas.

Dámosle la más cordial bienvenida.

Desde el día 12 del corriente se halla abierta la matrícula para la inscripción como alumnos en la escuela de adultos, la cual será inaugurada el 19 del actual.

El encargado de hacer las inscripciones es el profesor de instrucción primaria D. Venancio García Alonso, que habita en el Palacio Viejo (Plaza de la Catedral).

La Asociación de Señoras de La Cruz Roja celebrará una función en honor á la Santa el 17 del actual por la mañana con Misa solemne, Manifiesto y sermón que predicará el canónigo D. Gaspar de Andrés.

A pesar de la festividad del día, hoy tendrá lugar el ingreso en Caja de los reclutas del último sorteo mandados concentrar por orden del Ministerio de la Guerra.

El Círculo de Recreo dará esta noche en el magnífico salón que para este objeto tiene destinado, un baile de sociedad, el cual, dada la festividad del día, se verá seguramente muy concurrido.

También el casino «Hijos del Trabajo» dará otro baile de sociedad.

Hemos tenido el gusto de saludar en esta Redacción á nuestros distinguidos amigos, D. Julián y D. Víctor Sánchez, médicos respectivamente de Castejón y San Esteban de Zapardiel.

Con motivo de las fiestas religiosas que se celebran en honor de la exclarecida Reformadora del Carmelo son muchas las familias que en el día de ayer y en el de hoy han acudido á esta ciudad para presenciar aquellas.

El Real é Ilustre Patronato de Santa Teresa de Jesús celebrará este año los siguientes sagrados cultos en honor de la Serafíca virgen del Carmelo.

El día 15, festividad de Santa Teresa, celebra la función en la Santa Iglesia Catedral, el Excmo. é Ilmo. Cabildo, predicando el M. I. Sr. D. Satorio Millano, Conóngo Magistral y terminada la fiesta se volverá á llevar la Imagen de la Santa, acompañada de Nuestra Señora de la Caridad, por las calles de San Segundo, Plaza del Alcázar, Zendera, Tomás Pérez, Comercio, Caballeros, y Cepedas, á su Iglesia.

Terminada por la tarde la novena que empezará este día á las tres y media, tendrá lugar en la plazuela de la Santa, el acto solemne y conmovedor de despedir Santa Teresa á su madre adoptiva, la virgen de la Caridad, que se volverá á llevar á la Catedral.

Todos los días del novenario habrá por la mañana Misa solemne y por la tarde la Novena, siendo oradores el día 14 un R. Padre Carmelita; el 15 un R. P. Dominico; el 16 D. Manuel Basulto, economo de Santo Tomás; el 17, 18, 20 y 21, R. R. P. de los conventos de la Santa y Santo Tomás; el 19 D. Rogelio Matías, Misionero Apostólico y Vicerector del Seminario y el 22 D. Gabriel García Gómez, Capellan de la casa de Misericordia.

El día 18 hace la función de la mañana el Excmo. Ayuntamiento, prediando D. Bartolomé Florit y Ripoll, Parroco de la Adrada.

Y el 22, último de novena, el Patronato de la Santa celebra su función, con Manifiesto todo el día y misa solemne predicando el señor Magistral y por la tarde concluida la Novena se sacará en procesión la imagen de la Santa por las calles de costumbre.

Sección religiosa.

Santoral.

Sábado 17.—San Gregorio, San Victor, San Alejandro, Santa Eulogio y Santa Mamerta.

Domingo 18.—San Lucas, evangelista; San Julián, ermitaño; San Justo, y Santa Trifona.

Lunes 19.—San Pedro Alcantara, San Aquilino, San Tolomeo y Santa Rosina.

Cultos.

Sábado.—En la S. I. C. y los demás templos anunciados sigue el culto del Rosario, así como en Santo Tomás y Mosen-Rubi el mes de la Virgen, bajo la misma advocación.

En la Santa continúa la Novena de Santa Teresa; será orador un R. P. Carmelita. Habrá Salve por la Comunidad como todos los sábados.

Domingo.—En la Catedral, otros templos, Santo Tomás y Mosen-Rubi, los cultos acostumbrados del Rosario.

En la Santa sigue la Novena á Santa Teresa; costeará la fiesta de la mañana el Excmo. Ayuntamiento, predicará el Sr. D. Bartolomé Florit, Parroco de la Adrada. Por la tarde predicará un P. Dominico.

En San Juan fiesta de minerva, como todos los meses. Lunes.—En la S. A. I. C. y demás templos anunciados los cultos al Rosario. En la Santa sigue la Novena de su titular, predicando el Sr. Dr. D. Rogelio Matías, Vicerector del Seminario.